

Arqueología y sociedad. Una percepción acerca de los discursos sobre el pasado prehispánico y su divulgación pública

*Rafael Segura Llanos**

Resumen

Además de proteger el patrimonio arqueológico, los arqueólogos peruanos también han enfatizado un discurso con un fuerte valor positivo de la historia andina. Mediante diversos canales sociales como los medios de comunicación, museos y escuelas, dicho discurso parece haberse fortalecido formalmente gracias a una serie de recientes hallazgos arqueológicos, a veces caracterizados por su riqueza material o singularidad. Si bien el interés general en un pasado esplendoroso y exótico ha traído nuevas formas de desarrollo profesional y un fortalecimiento de la autoestima nacional, deberíamos cuestionarnos hasta qué punto estas prácticas mediáticas descansan sobre un verdadero ejercicio científico y desfiguran la real variedad del legado histórico del Perú.

Palabras claves: Escuela, medios de comunicación, ciencias sociales, discurso histórico, mundo andino, descubrimientos arqueológicos.

Abstract

Besides protecting the archaeological legacy, Peruvian archaeologists have emphasized a strong positive discourse on Andean history. Through social channels such as media, museums, and schools, this discourse has apparently been strengthened by a number of recent archaeological finds; some of which display a special singularity or material wealth. While the recent collective interest of such a luxurious and exotic past has provided new opportunities for professional development, as well as invigorating the national pride, we should ask ourselves to what extent these views rely thoroughly on scientific practices and how much it distorts the actual variety of the Peruvian historical legacy.

Keywords: School, media, social sciences, historic discourse, Andean world, archaeological discoveries.

* Southern Illinois University. Correo electrónico: rsegura@siu.edu

Introducción

Intentaré justificar mis errores y omisiones antes de iniciar propiamente el tema de este escrito. El simposio que dio origen a este trabajo buscó compartir ideas y discutir acerca de la actividad que la arqueología desarrolla como disciplina científica en el Perú, tratando de hacer un balance de lo hecho como una perspectiva de lo que está por hacerse. Por ello, quizás no es del todo adecuado proponer en esta oportunidad una reflexión sobre un tema en que muy difícilmente puede decirse lo uno como lo otro: la relación entre arqueólogos y la divulgación de una historia prehispánica para un público no especializado, incluyendo la escuela. A falta de antecedentes de estudios sistemáticos esta reflexión es básicamente un asunto de percepciones. Pero a pesar de su condición todavía marginal dentro de la comunidad de arqueólogos, el tema me parece de especial relevancia por tres motivos. Primero, porque en un plano general, la colectivización del conocimiento, inherente a toda ciencia, hace lícito preguntarse quiénes elaboran los mensajes, quiénes la reciben y de qué tipo de mensaje estamos hablando. Segundo, porque esta dinámica permite establecer vínculos verificables, más allá de toda retórica o deseo, entre el conocimiento arqueológico y el conjunto social en el cual se encuentra inmerso. Y tercero, porque en un plano más específico este marco posibilita hablar de casos concretos de actividad profesional, donde los arqueólogos y una red de actores se encuentran involucrados.

Quisiera enfatizar asimismo dos elementos adicionales que pueden ayudar a hacer una mejor evaluación de lo que escribo. En primer lugar, debo dejar por sentado que no me siento ajeno a las motivaciones y circunstancias que modelan una práctica y un discurso profesional orientado, explícita y hasta militantemente, hacia la sociedad. De hecho creo que los arqueólogos debemos asumir compromisos. Sin embargo, eso no me impide tomar distancia y tratar de reflexionar con cierto grado de objetividad acer-

ca de los circuitos y mecanismos en los que ejercemos la publicidad de nuestro quehacer científico. Supongo que desempolvar nuestra capacidad de autocritica es un ejercicio que nos viene bien a todos. Parece inútil señalarlo, pero si a veces hablo de "los arqueólogos", es sólo como un recurso estilístico que empleo para no abusar del "nosotros". En segundo lugar, si bien no pocas veces voy a referirme a estudiosos de reconocida y larga trayectoria, en verdad me interesa llamar la atención de los arqueólogos de generaciones más recientes, con muchos de los cuales comparto aproximadamente las mismas condiciones de trabajo. No me adhiero ni por asomo a las posiciones nihilistas que desconocen todo lo que otros han hecho anteriormente, pero debo admitir que las líneas que siguen son, más que un balance histórico, un testimonio de parte del tiempo presente, y en tal sentido particularmente familiar a quienes aún les queda mucho por investigar y seguramente bastante más que decir.

La arqueología más allá de la arqueología

Hace algún tiempo atrás tuve oportunidad de leer una pequeña revista estudiantil centrada en temas de ciencias sociales, donde un estudiante (seguramente hoy un profesional), desarrollando sus ideas acerca de la contribución que la carrera puede ofrecer a la sociedad peruana, señalaba que los arqueólogos debemos promover la continua renovación tecnológica a partir de nuestras experiencias y necesidades, y ponía como ejemplo "*...mecanizar la chaquitaclla, tomando como modelo los aparatos que emplean los obreros con que rompen piedras en las construcciones ... [de ese modo] ... el campesino ahorraría tiempo y energía en las faenas comunales*" (Rivas 1997: 13) No puedo dejar de mencionar que el ejemplo no es muy feliz por una serie de objeciones, pero eso no importa mucho porque mi interés al hacer esta cita va más bien por otro lado. Me interesa resaltar en estas líneas iniciales, y a propósito del ejemplo señalado, la motivación que empujaba a aquel estudiante de entonces, como a muchos

arqueólogos profesionales, a esbozar propuestas que vinculen la arqueología con eso que llamamos "desarrollo nacional". Existe una infinidad de planteamientos con relación a las contribuciones que la arqueología puede hacer para beneficio del país. Obviamente éste no es un tema nuevo. Nuestro más conocido arqueólogo nacional, Julio C. Tello, no sólo trabajó incansablemente en el campo y los museos por la protección del patrimonio prehispánico del Perú, sino que también llegó al Congreso de la República para asumir el mismo reto como extensión de su compromiso peruanista (Astuhamán y Daggett 2005). Así, en el Perú, casi endémicamente los arqueólogos hemos estado interesados, desde los estudiantes no pocas veces con futuro incierto hasta el más connotado doctor consolidado en el mercado intelectual, en convencer al resto de los peruanos que la arqueología puede ayudar a mejorar nuestra calidad de vida como colectividad. El estudio y rescate de las tecnologías agrarias tradicionales ha sido, en estos esfuerzos, sin duda una temática privilegiada, pues es obvia la relación entre tales tecnologías y su potencial producción para beneficio de nivel local. Visto así, no es casualidad la invocación de las *chaquitacllas* mecanizadas en un mundo de campesinos pobres. Sin desconocer que detrás de estas exhortaciones de los arqueólogos puede existir una estrategia muy pragmática de asegurar su propia supervivencia profesional, creo que existe de manera muy evidente una preocupación por justificar la arqueología en un plano social, por otorgarle un valor que va más allá de las vocaciones personales de cada quien, por ponerla al servicio de un país con enormes problemas irresueltos. En pocas palabras, inclinación por instrumentalizar el conocimiento arqueológico para transformar la realidad de acuerdo a una idea de nación.

La comunidad de arqueólogos peruanos no sólo no ha estado exenta sino que a menudo ha hecho conscientemente suya la responsabilidad de plantear propuestas dentro de sus alcances

como contribución para salir del subdesarrollo. Pero también es preciso decir que no todos, los menos en verdad, lo han entendido así. Cada quien asume su profesión de acuerdo al país que ve o que quiere ver, y ciertamente ello explica en el pasado la activa politización de unos, como en el presente la ilusa pretensión de considerarse ascépticamente científicos de otros. Sin embargo, más allá de la posición particular que tomemos, los arqueólogos, como otros científicos e intelectuales, también somos creadores de significados. Asumiendo activamente este rol o no, lo que digamos o dejemos de decir tiene un impacto específico en el resto del cuerpo social que nos es inmediato. Desarrollamos un campo comunicativo, edificamos un circuito de ida y vuelta de juicios y valoraciones. Parto entonces de una constatación tan palmaria como manida. La mayoría de arqueólogos muestra un claro interés tanto por narrar una historia pre-colonial específica de nuestros territorios, de acuerdo a su particular elección teórica, como por proponerla como elemento fundamental de un eventual proyecto nacional. Difícil pues permanecer al margen, en especial cuando en nuestro país, con mucho apremio y por todos lados, se busca en la historia algún referente del presente.

No creo que los mensajes que la arqueología elabora para consumo de los no arqueólogos sea asunto menor en los días que corren. Una búsqueda muy elemental en la internet o en una biblioteca medianamente actualizada de arqueología, antropología y conocimientos afines demuestra que ese interés de los arqueólogos por lo comunicacional y educativo se ha incrementado drásticamente en los últimos años, no sólo en el Perú sino en todo el mundo.

De modo que no estamos hablando de una tendencia únicamente provinciana. Basta revisar las publicaciones, boletines y eventos realizados por gremios y entidades educativas relacionadas con la arqueología tanto en Estados Unidos como en Europa para darnos cuenta que existe una elocuente concordancia sobre este

tema tanto a nivel internacional como local¹. Naturalmente, en nuestro caso las iniciativas y los resultados que se desprenden de la divulgación y la educación fomentada por los arqueólogos adquieren un perfil muy particular. Para ingresar en terrenos más específicos respecto de este “perfil particular” considero necesario retroceder un poco en mi argumentación. Algunas breves acotaciones acerca de la formalización de la arqueología como disciplina próxima a la antropología y la historia ayudará a poner las particularidades que discutiré más adelante en pertinente perspectiva.

Arqueología, antropología e historia

Como es ampliamente conocido, en sus principios la arqueología no se echó a andar sola. Surgió paulatinamente del viejo interés por los objetos del pasado, es decir, del anticuarismo fascinado por los vestigios provenientes de tiempos remotos y, poco después, de la historia del arte de la Europa renacentista. Podríamos decir, pues, que en sus primeros tramos de desarrollo, aún en un estado larval, lo que luego se llamará “tratado o estudio de los orígenes”, se reduce a la búsqueda y obtención de reliquias atractivas y exóticas, testimonios de un mundo que ya no está con nosotros, y que por ello exaltan la imaginación y la fantasía. Sin embargo, la inclinación por las antigüedades trasciende con mucho la mera preferencia estética, pues en tanto se fue tornando en una práctica sistemática asociada a nuevas condiciones de vida, se convirtió en verdadera expresión de cambio social. Se trata, entonces, de una conducta íntimamente ligada a la emergencia de nuevas clases sociales, a la irrupción de las burguesías y de los “sectores medios” que, también en lo cultural y en el campo del conocimiento, imponen sus parámetros de existencia y de

diferenciación con respecto a las aristocracias y el pueblo.

Pero a este punto de arranque, inicialmente sólo centrado en la cosa misma, se le agregará casi tres siglos más tarde la noción del transcurrir del tiempo, de transformación a través de él y de perfeccionamiento. Es decir, la idea de progreso y la noción científica de la evolución. De esta manera, el tiempo se hizo historia y lo impregnó todo, no sólo el devenir de las sociedades de hombres, sino también el derrotero de las plantas y los animales.

Estamos pues ante el surgimiento de la ciencia moderna a lo largo de los siglos XVIII y XIX. Ante un proceso entroncado en las circunstancias históricas netamente europeas (Renacimiento antes, Ilustración y Revolución Industrial después), y que por ello no podía sino derivar en una comprensión del mundo, el ancho mundo que se descubría tras las expediciones colonialistas, bajo criterios nítidamente eurocéntricos. Las ciencias del hombre transitan por este cauce, y en el camino un doble y simultáneo ejercicio se desata: el de su ramificación en saberes más específicos y el de la laboriosa auto-definición de cada uno de ellos. Es este el muy conocido escenario en que poco a poco la prehistoria, la antropología y más tarde la arqueología van haciendo su presentación en sociedad.

Fue así como en la antesala del siglo XX quedó establecida la triada básica sobre la cual la arqueología se sostiene como disciplina científica emergente: (a) su fuente de conocimiento anclada en lo que ahora denominamos cultura material; (b) la idea de proceso, de una secuencia de continuidades y posibles interrupciones que señalan el devenir histórico de los grupos humanos; y (c) las peculiaridades de los grupos culturales, su perfil antropológico, en contraste con

¹ La Society for American Archaeology (SAA) de los Estados Unidos expone a través de su página web (<http://www.saa.org>) diversos programas y recursos relativos a la integración entre arqueología y educación pública, tales como *Archaeology & Public Education Newsletter*, *Archaeology & You*, *Archaeology in the Classroom: Guidelines, Making Archaeology Relevant in the XXIst Century*, etc. Similares contenidos pueden hallarse dentro de las extensiones educativas de muchos Departamentos de Prehistoria y Arqueología europeos.

las sociedades del occidente desarrollado. Cultura material, historia, antropología. Fuente, proceso, contenido. Bajo estos parámetros originales hace su arribo la nueva ciencia al Perú a fines del siglo XIX, de la mano del primer historiador del Perú antiguo con metodología de arqueólogo y con una particular formación en las humanidades: Max Uhle.

Esta base original permite entender plenamente que un arqueólogo pueda plantear y discutir sus postulados en términos que resultarían muy familiares a historiadores y antropólogos, y que incluso se adhiera de manera más estrecha a uno u otro campo de acuerdo al enfoque de los centros de formación profesional de donde procede, tal como ocurre en los muy conocidos sistemas académicos europeos y norteamericanos. Hoy, sin embargo, la arqueología en el Perú no cuenta con ningún cordón umbilical que orgánicamente la una a nada. En nuestro caso, desde hace ya muchos años, nuestra disciplina se edifica en soledad, cobijada dentro de programas de humanidades o ciencias sociales cuyo diseño en su origen puede ser teóricamente correcto pero cuya gestión concreta, si nos atenemos a los resultados, todavía tiene mucho por mejorar. No nos extrañe que a veces, muchas veces, la arqueología hable sola, para sí misma, con serias limitaciones para establecer realmente condiciones de diálogo interdisciplinario, que no debe ser confundido con la mera convocatoria de especialistas en disciplinas afines, o peor aún, en microdisciplinas instrumentales, durante el proceso de investigación.

Pero una gran paradoja se dibuja en la escena local. A pesar de esta carencia de vínculos concretos y orgánicamente planificados dentro de nuestro sistema de formación académica entre la arqueología y las dos disciplinas que históricamente le son cercanas (la antropología y la historia), y que por consiguiente pudieran ampliar el horizonte de la práctica y el discurso de los arqueólogos, éstos, los arqueólogos, han hecho suyo un discurso abarcador que engloba el pasa-

do y el presente andino, lo que, entre otras consecuencias, conlleva el deseo de querer comprometer su ejercicio profesional de una manera más precisa para beneficio de la población de ese presente que vislumbran. Este requerimiento autoimpuesto no resulta pues de una dinámica interna de experimentación, debate, comprobación y reflexión a partir de trabajos y resultados concretos de investigación, cruzada que permitan construir, humilde y aprehensivamente, una posición profesional frente a una realidad histórica (la nuestra) de gran complejidad. Por el contrario, resulta más bien del ejercicio, externo a nuestra propia rigurosidad científica, de nuestra ciudadanía en las particulares condiciones sociales que nos rodean. Mientras en otras realidades nacionales la arqueología y la antropología son parte de una lectura que se hace de "los otros" (los indígenas y "sus" costumbres, y los restos materiales de "sus" ancestros) en el Perú y otros países andinos se trata de un ejercicio de introspección y autoafirmación. No solo un proyecto profesional racionalmente adoptado, sino quizás con mayor vehemencia un estado de ánimo y una inclinación emocional se delata a través de nuestro discurso cuando hablamos de "nuestro" legado cultural, "nuestra" identidad colectiva, o "nuestra" herencia andina y colonial.

Historia andina o la historia de nosotros mismos

Así pues, tanto las conexiones de origen entre la arqueología, la antropología y la historia, aún a pesar de tratarse de conexiones difusas a las que básicamente sólo hemos recurrido a un nivel discursivo, como la composición social de nuestro país, han llevado a enfatizar de manera muy especial la continuidad de cierto orden andino hasta el presente, o cuando menos hasta el pasado más reciente. No es mi intención asumir una posición reduccionista pues bien sé, como han anotado muchos investigadores, que varias memorias y varias historias conviven entre nosotros, pero resultaría iluso desconocer que la his-

toria del Perú no se entiende completamente sin eso que se ha dado en llamar "Historia Andina", una historia que, como acabo de anotar, tiene menos de los "otros" que de nosotros mismos. Sin necesariamente ser el primero ni el único en sugerirlo, ya John Murra en los sesenta, mediante las investigaciones interdisciplinarias en Huanuco que él encabezaba (Murra 1966), abogaba por una historia que tenía que ser ecléctica y capaz de asumir la ambición de concatenar la transformación de la parte indígena del Perú a través de sus grandes períodos históricos². Sin aquél largo y cambiante tronco que nos hunde en el tiempo, es decir la historia de las sociedades andinas antes de 1532 y, desde luego, lo que con ellas ocurrió y lo que de ellas emergió luego de aquella trajinada fecha, la nuestra sería una historia enana, minusválidamente confinada a su cortedad.

Es precisamente dentro de este marco -en el que se mezclan necesidades emotivas de autoreconocimiento nacional, necesidades científicas en la búsqueda de una historia total, y otras motivaciones más específicas y pragmáticas- que desde hace tiempo se vienen haciendo en el Perú, esfuerzos importantes para darle un cauce común a disciplinas como la etnohistoria, la arqueología, la geografía, la lingüística y la historia del arte entre otras. Por la obvia presencia de registros escritos, los resultados han sido más consistentes con relación a los períodos arqueológicos tardíos (especialmente inca aunque no solamente inca). Aunque no del todo académicamente formalizada, esa historia que echa mano de toda fuente posible y que se enriquece de toda metodología compatible ha sido una búsqueda constante que ya ha desembocado en resultados importantes de diferente aliento. Consideremos algunos ejemplos.

Hace unos años en un interesante trabajo titulado *Los 50 y tantos libros que todo peruano culto debe leer* fue presentada una selección de libros y autores considerados fundamentales para entender el Perú³. La metodología, basada en encuestas y el trabajo de un comité evaluador, derivó en una clasificación de los libros seleccionados de acuerdo a una serie de temáticas y campos de trabajo intelectual, excepto el literario. Cuatro libros de autores diferentes fueron seleccionados en el rubro correspondiente a "El Perú Actual y el Mundo Prehispánico". Por ser sus autores investigadores nacionales muy representativos aún en actividad, y por tratarse de trabajos destinados para un público amplio, me detengo brevemente en dos de ellos: *Historia del Tawantinsuyo* de María Rostworowski y *Los Orígenes de la Civilización en el Perú* de Luis G. Lumbreras. El influyente trabajo de María Rostworowski, no propiamente una arqueóloga sino una historiadora autodidacta, cuenta ya con varias ediciones agotadas. Se trata de un libro que partiendo de la etnohistoria fue elaborado sobre la base de una bibliografía amplia y variada incluyendo, naturalmente, las investigaciones arqueológicas (se cuentan referencias bibliográficas que rápidamente pueden adjudicarse a la geografía, historia, antropología, lingüística, entre otros).

El trabajo de Lumbreras, conocido arqueólogo formado en la antropología, fue escrito más bien desde la arqueología y también ha sido reeditado numerosas veces. El libro no presenta bibliografía, por no haber sido escrito para especialistas, pero son bastante conocidas las variadas fuentes de las que el autor se nutre, como Rostworowski, para proponer sus tesis. Ambos escritos, lejos de todo purismo estéril, quizás por

² Habiendo podido citar en este punto a algunos de nuestros más conocidos intelectuales de vertiente indigenista de la primera mitad del siglo XX, cito a Murra por no responder precisa y necesariamente a dicho estereotipo. La tradición académica y trayectoria hasta cierto punto cosmopolita de Murra (Castro et. al 2000) complementa y enriquece las perspectivas enfocadas en lo andino.

³ Dicha publicación salió a luz el año 2002 gracias a la iniciativa de la ONG *Agenda PERU* y con la colaboración de la revista de actualidad *CARETAS* y de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

la formación flexible de sus autores, rompen toda circunscripción profesional para merodear y eventualmente aprovechar los avances de las disciplinas vecinas.

Esta confluencia de fuentes provenientes de disciplinas diferenciadas pero interrelacionadas también se encuentra implícitamente, y aparentemente cada vez con mayor frecuencia, en la manera de razonar de quienes asumen la responsabilidad de organizar publicaciones colectivas más recientes. Consideremos por ejemplo el contenido de los "libros homenaje" dedicados a importantes investigadores de lo andino, modalidad de publicación que ya lleva unos años en el Perú. Los "libros homenaje" a María Rostworowski (Varón y Flores Espinoza 1997), Franklin Pease (Flores Espinoza y Varón 2002), Oliver Dollfus (Deler y Mesclier 2004), John Murra (Lorandi et al. 2003), por citar sólo unos pocos, reúnen una gama de aportes provenientes desde diferentes disciplinas. Nuevamente la bibliografía empleada y el enfoque elegido por muchos de quienes escriben en dichos volúmenes son una muestra clara de que avanzamos lentamente en la dirección de lo que Murra y otros reclamaban.

Un resultado se impone: aunque cada disciplina cuenta obviamente con sus especificidades propias, todas ellas juntas conforman una única plataforma ventajosa de conocimiento para entender nuestro pasado y presente. Lo que la arqueología diga hacia fuera, aunque responsabilidad inmediata de cada arqueólogo, responde también al movimiento y la dirección que tome este cuerpo de disciplinas conexas, a su particular forma de ver las cosas. No descubro nada nuevo, sólo digo que los discursos que entre nosotros la arqueología elabora, particularmente los discursos hacia un público no especializado, también deben ser evaluados en función de estas relaciones.

De nuestro discurso arqueológico a la arqueología de nuestro discurso

La práctica de los arqueólogos no sólo se resuelve pues en el ejercicio con referencia a sus

datos, sino también con relación al discurso y la imagen que elaboran acerca de ese pasado sobre el cual son especialistas. El "Mundo Andino", aquella poderosa creación intelectual que ha dado sentido a la heterogénea realidad que estudiamos, se enraíza en los eventos fundantes acaecidos hace casi 12,000 años con la paulatina ocupación de nuestro difícil territorio.

El cambio, y no pocas veces la cancelación de condiciones sociales específicas, han sido inherentes al derrotero histórico de este Mundo Andino. No obstante, es necesario insistir una vez más, lo que ha prevalecido ha sido un énfasis en su continuidad, entendida básicamente a nivel de experiencia histórica acumulada, y en su consecuente vigencia en el Perú de estos días. En suma, un discurso intelectual de una manera de ver el Perú que en gran medida responde a necesidades y demandas sociales concretas. Como todos sabemos, también en la aceptación o rechazo de conocimiento existe una lógica de seducción, de correspondencia entre lo que se otorga por un lado y lo que se espera por el otro. En el centro de esta dinámica es punto crucial la idealización de lo "andino", a menudo en su presente, casi siempre en su pasado.

No es una tarea muy compleja comprobar que lo que vengo diciendo es moneda corriente y problema antiguo entre los antropólogos, sociólogos e historiadores. No es el caso de los arqueólogos, quienes difícilmente, al menos explícitamente mediante sus publicaciones, cuestionan o defienden argumentativamente la veracidad de estas idealizaciones. Resulta así curiosa nuestra fácil adhesión a un discurso pero nuestra pereza para evaluar su contenido, y más curiosa aún la justificación que a veces se suele esgrimir al sostener que tal empresa no es tarea de nuestra competencia en tanto lo nuestro es bastante concreto: el estudio de los restos materiales y su interpretación, como si la arqueología, no más que una entre otras especializaciones afines, se bastase así misma para entenderse, y como si ésta reclamase el compromiso inútil de quienes la

practican de desconocer el conjunto interrelacionado de disciplinas sociales de la cual nace y de la que se ha nutrido metodológica y teóricamente para su provecho propio.

Pero ¿dónde se manifiesta el discurso de los arqueólogos exaltando el pasado andino y vinculándolo con el presente? Aunque no exclusivamente, sí preponderantemente en los medios de divulgación destinados a un público amplio, últimamente potenciados de manera rentable por los avances tecnológicos audiovisuales e informáticos. Al lado de esta difusión general, una divulgación ostensiblemente más restringida es entendida como la esencia misma de la propagación del conocimiento científico: la publicación especializada. Por las consideraciones ya anotadas hace unos momentos, en el Perú siendo ambos circuitos de comunicación fundamentales, el prestigio que se le concede a un arqueólogo escribiendo para el público amplio o para el público especializado no es necesariamente equivalente, ya que esto depende del tipo de conocimiento que los consumidores demandan. Sucede por ello muy frecuentemente que arqueólogos prestigiosos para los especialistas son por lo general aquellos circunscritos al círculo estrecho de la comunidad científica, mientras que arqueólogos prestigiosos para el público general son aquellos quienes escriben trabajos de divulgación y suelen frecuentar los medios masivos de comunicación. Por supuesto que lo uno no está reñido con lo otro y que en el fondo yo estoy extrapolando una realidad más compleja. Se puede escribir tanto un riguroso ensayo científico y a la vez un texto de lenguaje sencillo, ameno y de fácil asimilación para el público no entendido; pero esos son los casos raros. Sin ser una obligación, pocos son los arqueólogos que tienen la habilidad de asumir ambos frentes con éxito, menos quienes están convencidos de que vale la pena hacerlo, y menos aún quienes pueden esquivar las críticas de los "sectores duros" de uno u otro lado. Si me interesa llamar la atención sobre este aspecto, sobre todo en referencia

a lo que dicen los arqueólogos con relación al público no especializado, es porque la divulgación juega un papel capital no sólo en la ciencia moderna sino también en nuestra autopercepción colectiva, y porque esto también incluye una dimensión ética que puede resumirse en el hecho de que conocimiento que no se comparte es conocimiento que no existe.

No hay duda de que actualmente la divulgación no especializada viene incrementando su importancia, pues no sólo viene demandando la participación activa de los arqueólogos en el contenido de lo divulgado, sino que también, bajo una dinámica de retroalimentación, viene abriendo oportunidades de desarrollo de la actividad netamente científica en tanto es expresión de un trabajo sostenido por terceros. En un país donde los recursos financieros para hacer ciencia casi no existen, donde nuestros sistemas de promoción científica, muy en coherencia con nuestra precaria realidad y a pesar de los esfuerzos, tienen muy poco o nada que ofrecer, y donde los fondos de investigación de nuestras universidades obviamente resultan insuficientes, ya que deben ser necesariamente selectivos y otorgar prioridad a sus propios cuadros docentes, queda la ayuda de quienes adquieren la vocación colateral de contribuir al estudio de ese mundo andino prehispánico bajo su particular lógica de costo-beneficio. Muchos proyectos arqueológicos nacionales en el Perú, varios de los cuales vienen replanteando nuestra forma de entender el pasado prehispánico, son, nadie podrá negarlo, en buena cuenta posibles gracias a la inversión de la empresa privada.

El escenario que describo supone una particular situación de negociación y concertación que conlleva la adquisición de nuevas habilidades de persuasión entre los arqueólogos y de apertura entre los empresarios sobre la base de intereses comunes. Es innegable que gracias a ello hoy en día los arqueólogos cuentan con nuevas fuentes de trabajo, incluso en algunos casos con cierta estabilidad económica antes impensable. Pero

también es cierto que siempre hay una factura, grande o pequeña, que debe pagarse. No creo cometer ninguna infidencia, pues no se necesita mucha sabiduría para deducirlo, si digo que no pocas veces lo que se investiga y lo que se dice está condicionado por la búsqueda del éxito mediático de los resultados. Más bien que al interior de cada proyecto arqueológico individual, es en el panorama general donde se observa una clara ausencia de investigación sobre temáticas y sitios que siendo científicamente importantes no presentan un potencial atractivo para la publicidad y por ende para el turismo. En lugar de ello, en conjunto predominan las intervenciones en áreas monumentales o en cementerios de elite, y así también lo que es fastuoso gana terreno en la medida que es impactante y propagandizable. ¿Es buena o mala esta situación que describo? Naturalmente es mejor investigar algo que no investigar nada, pero eso no justifica desconocer, o peor aún, callar, el desbalance señalado en nuestras elecciones de investigación. Se trata pues de una comprensión incompleta de nuestro objeto de estudio, pues la historia se elabora desde sólo un ángulo de visión. Se repite esta vez, aunque por razones diferentes, lo que por mucho tiempo ocurrió con la historiografía en el Perú, una historiografía centrada en lo político, en los presidentes, en los militares y en sus batallas perdidas o ganadas. Valdría la pena recordar que sólo después de que las condiciones, tendencias e intereses de los historiadores cambiaron hicieron su aparición en nuestro horizonte esas otras "historias" (urbanización, familia y género, ecología, mentalidades, etc.) que hoy nos proporcionan una perspectiva más completa de lo vivido.

¿Es esta preocupación por lo comunicacional en la práctica científica un tema marginal? No en la era del conocimiento y la información. La masificación y velocidad de los actuales circuitos comunicacionales ayudan, hoy más que antes, a fomentar corrientes de opinión favorables que bajo ciertas condiciones pueden traducirse en respaldo social para el trabajo de los

arqueólogos. Va siendo así cada vez más evidente que esta dinámica entre los emisores de mensajes y sus receptores propicia un escenario donde es posible obtener un reconocimiento abierto. En consecuencia la divulgación no especializada parece estar convirtiéndose en un espacio fundamental para posicionarse en el mercado de prestigio científico. Soslayar este espacio de posicionamiento mediático casi es equivalente a haber desdeñado el espacio de posicionamiento político de las décadas del 60 y 70.

Me gustaría desarrollar una mayor especificidad en el análisis que propongo. De todas las disciplinas que se orientan hacia nuestra historia andina, es relevante constatar que la arqueología ha sido y es una disciplina privilegiada en el concierto de lo publicitable. Su predominio en los medios de divulgación, siendo una profesión rara, se debe a eso que, desde otra perspectiva, es paradójicamente su presunta desventaja: su base en los restos tangibles. No es novedad que para mucha gente, incluso para un número de intelectuales involucrados en la construcción de una historia andina, la arqueología es una práctica tan exótica como los restos que propiamente estudia. He sido testigo de un no oculto desdén hacia esta profesión por el hecho de tratar con "cosas". Existe en el razonamiento de muchos una evaluación implícita de la arqueología como ciencia "menor", ya que ésta se involucra con restos materiales y no, como otras disciplinas, con la creación de grandes ideas de interpretación. Al lado de la tarea de vanguardia de los científicos sociales que piensan el Perú de nuestros días, y que debaten acerca de su futuro, la preocupación por los objetos se asemeja más a una artesanía que a una ciencia. Sin embargo, en tales objetos radica precisamente la fuerza comunicativa de la arqueología y su predominio en las esferas de divulgación pública. Lo tangible es visual y lo visual prima en las redes comunicacionales de nuestros días. No es un proceso reciente que en la escuela y en los medios, sistemas complejos donde el insumo básico es la información,

el mundo de las imágenes va imponiéndose sobre el de la palabra escrita, y esto, aceptémoslo, está trastocando decididamente nuestras formas de elaborar y asimilar los discursos de los científicos.

El predominio de lo figurativo y exótico ayuda así a entender la ausencia en una revista como *National Geographic* de temas como el proceso por el cual en menos de 50 años el Perú pasó de ser un país mayoritariamente rural a uno urbano (y recordemos que los movimientos migratorios son un tópico capital en la geografía humana), y sí más bien varias páginas dedicadas al hallazgo de un cementerio prehispánico de los siglos XV y XVI en el cono este de Lima (las publicadas Momias de Puruchuco, cf. Cock 2002), precisamente hallado como consecuencia de esas migraciones campo-ciudad que han reconfigurado nuestro rostro nacional. Un recuento de los principales programas televisivos del Discovery Channel, National Geographic Channel y History Channel dedicados al área andina (y recordemos que si hay un aparato más ubicuo en los estratos socioeconómicos peruanos es precisamente el televisor y que el cable se encuentra en un franco proceso de masificación) da cuenta de la presencia mayoritaria de temas arqueológicos, con diferentes resultados de calidad. Podría argumentarse que esto también se debe a un manejo político de la información, que en cuanto a los países pobres para las grandes compañías norteamericanas ciertas cosas son y deben publicitarse y ciertas no. Pero precisamente porque eso es inapelablemente cierto, yo no considero que el peso de lo visual deba soslayarse.

Sabido es que con la imagen se facilita la recepción del mensaje escrito. Consumimos los iconos del pasado y lo que ellos sugieren según nuestra particular situación en el presente. Difícil desconocer, por ejemplo, que si hay algo que a nuestras clases acomodadas les agrada de ese "Mundo Andino" son los objetos que concuerdan con sus gustos estéticos y la magnificencia del paisaje y los monumentos. Desde el oro de

Sipán o los muros de Kuelap y Sacsayhuaman, hasta el surrealismo de las líneas de Nazca. No olvidemos que a menudo esos sectores sociales son los que conducen, muchas veces en alianza con inversores extranjeros, la mayor parte de la empresa privada en el Perú, y como ya relaté, no pocas veces patrocina y financia la publicación de libros de divulgación de nuestro pasado prehispánico y aún la investigación científica.

Pero el fenómeno también se observa a nivel de los sectores más amplios de la sociedad peruana. Tengamos en cuenta que en los patrones de consumo de tales sectores emergentes, los antropólogos lo saben bien, lo visual y gestual desborda lo escrito. Por eso mismo, los iconos del pasado y cierta retórica acompañante son un poderoso medio de identificación y manipulación política. Los ejemplos abundan. *Tocapus* y *chakanas* han sido empleados como símbolos de conocidos partidos políticos locales de mensaje y trayectoria diferente. La bandera del Tahuantinsuyo, o lo que creemos fue tal, ha ondeado en las calles y plazas del Perú en los últimos años casi tanto como la misma bandera nacional; y la concha de *Spondylus* nunca fue mejor conocida que cuando fue convertida en alegoría de paz e integración entre Perú y Ecuador tras la guerra del Cenepa. El uso no es nuevo. Al menos durante sus primeros cuarenta años el APRA tenía como símbolo el llamado Cóndor de Chavín mientras que Haya de La Torre solía escribir, en la clandestinidad, desde un Inkahuasi imaginario (Neira 1996: 397-420). Más allá de las imágenes, los epítetos y los gestos que recuperarían nuestra ancestralidad también han sido aprovechados. El general Velasco tenía su Plan Inca hace 36 años y, hace unos 11, Javier Pérez de Cuéllar ingresaba al Perú como candidato a la presidencia de la república por Puno, como reactualizando un mito de origen que desde el Collao y el lago sagrado del Titicaca se extendía por todo el país.

No es de extrañar pues que esos objetos, esos emblemas, esas "cosas" que en apariencia se encuentran lejos de la realidad peruana actual

sean sin embargo omnipresentes en nuestra auto-percepción colectiva, parte vigente de nuestro imaginario cotidiano. Pero no nos desviemos, lo que pretendo resaltar aquí es que con la fuerza de estos símbolos una lectura del pasado prehispánico cuenta con mayor facilidad de ingreso en la memoria de la gente. Y así parece haber ocurrido si consideramos la valoración que le damos a ese pasado pre-colonial, tan distante en el tiempo pero tan cercano en los modelos. Hace unos 15 años una interesante investigación sobre la imagen del Perú, adquirida a través de los cursos de historia en la escuela, señalaba como una de sus conclusiones principales que la mayoría de estudiantes y profesores de secundaria de colegios estatales y privados, de Lima y provincias, pensaba que la época más feliz de nuestra historia era la época de los incas (Portocarrero y Oliart 1989). La investigación concluía además que junto con ello los profesores y estudiantes peruanos de sectores menos favorecidos venían desarrollando una "idea crítica" de nuestra historia, es decir, un discurso en formación basado en el descontento frente a nuestras grandes y sucesivas frustraciones históricas y en la denuncia de quienes son percibidos como responsables de dicho sino nacional. Tengo pocas dudas de que hoy el panorama haya cambiado mucho. Incluso creo que esta evaluación positiva de nuestro pasado autónomo no concierne únicamente al Tahuantinsuyo sino a las sociedades que les precedieron. Al momento de aquella investigación no contábamos aún con los fastuosos hallazgos de las tumbas de Sipán, el descubrimiento de la dama de Ampato o la exaltada antigüedad de Caral. Todos éstos iconos nuevos de un pasado que se ve como ejemplar.

¿Cuánto hay de exageración o inconsistencia en lo que sabemos a través de los medios acerca de Sipán o Caral por ejemplo? Esta es una pregunta que pocos colegas probablemente quisieran responder. Temor comprensible moviéndonos en un terreno tan subjetivo que sin serenidad nos llevaría injustificadamente al conflicto personal. Si la historia de un gobernante mochica o

de un asentamiento monumental temprano hoy representa tanto para nosotros es porque ha sido posible gracias al empeño de sus investigadores y a la calidad, en algunos casos excepcional, e implicancias de los restos estudiados, pero también al juego de factores extra-científicos que he tratado de describir y que poco o nada tienen que ver con nuestra rigurosidad en el manejo de datos o con la coherencia de nuestro *background* teórico. Los debates entre los arqueólogos acerca de la pertinencia de nuestros procedimientos analíticos o la veracidad de nuestros resultados es un asunto de especialistas, por cierto una práctica natural y deseable en toda ciencia. Pero por el momento todo indica que nadan corriente arriba quienes al calor del debate científico proponen una lectura del pasado que no concuerda con lo que, desde fuera, la gente espera. La riqueza de Sipán, en los medios homologada con la tumba de Tutankamon en Egipto, y la precocidad de Caral, catalogada como la "Ciudad más Antigua de América", son productos culturales que, como otros símbolos prehispánicos, el peruano promedio reclama para mirarse así mismo con esperanza recuperada en el espejo de la historia.

¿Tienen que ver los arqueólogos con todo esto? Sí, tienen que ver. En términos específicos porque la producción mediática que nos envuelve se basa principalmente en los insumos científicos que los arqueólogos elaboramos, y en términos generales porque toda experiencia científica es finalmente una experiencia de comunicación. Se origina entonces un movimiento pendular entre la glorificación del pasado y la verdad científica, extremos no siempre compatibles, y entre ambas una franja de acción suficientemente amplia donde los arqueólogos pueden perseguir múltiples objetivos y obtener diversos resultados. En esta perspectiva, yo resaltaría que la glorificación del pasado andino trae consigo tres consecuencias inmediatas: origina un sentido de orgullo y solidaridad nacional entre quienes reciben el mensaje que seleccionamos y elaboramos,

asegura el reconocimiento intelectual de quien produce tales mensajes en la medida que logra armonizar una cierta verdad científica con las necesidades emocionales de la gente, y últimamente permite acceder a una red de relaciones públicas y financieras que facilita el desarrollo de las propias investigaciones. Se impone así que para el común de la gente que nos escucha o lee, directamente o a través de profesores de escuela y comunicadores, el pasado tiene que ser asombroso o no existe.

Pero si bien es cierto que una elevada dosis de espectacularidad en nuestra historia ayuda a levantar autoestimas alicaídas, también es verdad que en estas estrategias comunicacionales, a veces promovidas por los propios arqueólogos con una conmovedora ignorancia de todas sus implicancias, a menudo se cuela un mensaje implícito que privilegia lo monumental y deslumbrante como históricamente válido en desmedro de otros restos culturales más modestos. No sorprende entonces el cuadro tan cotidiano de la destrucción de sitios arqueológicos a manos de pobres y ricos, de individuos o de corporaciones enteras, bajo el argumento irónicamente compartido de que si un sitio no es Machu Picchu entonces no tiene sentido preservarlo, o por lo menos estudiarlo. La presencia de temas prehispánicos en los medios de comunicación, entonces, no siempre se traduce en una necesaria toma de conciencia con relación a la defensa del patrimonio arqueológico, como pareciera a primera vista.

En mi manera de ver las cosas, el proceso y los factores de difusión que he tratado de describir originan uno de los mayores alcances sociales del trabajo arqueológico, en la medida que lo que se transmite es un conjunto de certezas, arquetipos, en ocasiones verdaderos mitos científicos, idealizaciones (finalmente qué pasado no está idealizado) y representaciones con diferente grado de comprobación que dan forma a los grandes relatos históricos que toda sociedad requiere para defender su singularidad. En este contexto,

la arqueología como la historia, han venido proporcionando una serie de elementos fundamentales para elaborar y ofrecer una manera de entender el Perú para su uso y dominio público.

Una nueva arqueología que educa y comunica o el peligro de una forma de desvirtuar la arqueología

Desde la perspectiva de quien persigue un reconocimiento de la arqueología como profesión válida para el desarrollo y bienestar general, a través de un discurso cohesionador basado en la valoración del patrimonio arqueológico (cultural), cabe preguntarse si la activa participación en los medios es una estrategia suficiente. He dicho ya varias páginas atrás que nos encontramos en un nuevo contexto en que el discurso elaborado por los arqueólogos tiene que adecuarse a los nuevos sistemas y velocidades de transmisión de la información como parte de un proceso mundial de globalización. He dicho también que una serie de condicionantes intervienen de tal manera que el mensaje que circula por estas redes no siempre es tan científico como en principio quisiéramos. Esta participación mediática reincide de forma variable en los propios arqueólogos (reputación y reconocimiento social), en los proyectos que ellos conducen (nuevas fuentes de colaboración financiera y técnica) y en los restos culturales con que ellos trabajan (eventual interés público por su conservación). Sin duda la información se propaga, ya que no puede negarse el hecho que muchos relatos, interpretaciones arqueológicas y los datos sobre los que se basan circulan en la internet, en la televisión, en las revistas y diarios, todos medios que se han volcado hacia este tipo de contenido cultural tanto como hacia los planteamientos elaborados desde la ecología. Sin duda también que el lado más emocional de estos mensajes puede ser más inmediatamente considerado por los diversos sectores sociales desde sus intereses particulares (e.g. sentimientos regionalistas reclamando para sí el patrimonio de un sitio como forma de material-

zar una particular identidad, el uso político de los símbolos andinos como una manera de sopesar las singularidades nacionales frente a los procesos homogenizadores de nivel global, etc.). Se diría que hay un interés público por estos temas ciertamente más visible que hace 30 años atrás. ¿Pero este interés se traduce en su verdadera asimilación en nuestra matriz educativa y en consecuencia origina un cambio concreto hacia la cultura de nuestro país? Valorizamos el pasado en los términos que he expuesto, ¿pero hay realmente coherencia entre esa valoración genérica y nuestra actitud cotidiana con el patrimonio histórico que nos rodea? Si la información circula y el gran discurso se fomenta, pero la actitud concreta no cambia, entonces algo falla.

Tengo la impresión que al menos una parte de este desfase se debe a una de las debilidades más evidentes de la llamada sociedad moderna de la información, quizás más elocuente aún en sociedades que como la nuestra aspiran a ser tales; esto es, que la ávida oferta de información satura pero no necesariamente forma. Acerca de nuestro pasado y del significado de sus restos materiales “sabemos” ahora comparativamente más que en cualquier otra etapa cronológicamente anterior, pero eso no es lo mismo a que existan condiciones apropiadas para detenernos en dicha información pensándola críticamente.

Es en este punto donde intervienen los procesos educativos que ciertamente trascienden la arqueología. A experiencias menos ambiciosas en lo masivo, pero más específicas y por ello más efectivas en el entorno inmediato, mayores posibilidades de asimilación y de concordante cambio en las actitudes. Personalmente no considero que sea muy importante discutir si estas experiencias deban correr a cargo de los propios arqueólogos inclinados por esta veta formativa o por los educadores. Cuando las disciplinas, cualquiera que fuese su naturaleza, se conciben de manera estática, ésta es una preocupación razonable. Es más interesante constatar lo que la realidad señala en este campo de intereses compar-

tidos y sus consecuencias con relación a la práctica arqueológica. Y lo que se observa es que los arqueólogos, e incluso más que otros profesionales de las ciencias sociales, sí participan de estas tendencias.

En este sentido, resulta pertinente tener presente que, a diferencia de algunas décadas atrás, hoy casi cada proyecto o institución próxima a la investigación arqueológica desarrollada por peruanos intenta crear un frente de educación o “proyección social”. Es cada vez más familiar hallar entre los jóvenes arqueólogos interés, y de hecho eventual oficio, en el diseño y conducción de muestras museográficas alternativas para niños y jóvenes, folletos instructivos y material pedagógico, proyectos integrales educativos con base en la historia, talleres de recreación de tecnologías prehispánicas y de artesanías tradicionales, circuitos turísticos especiales o módulos de interpretación basados en la investigación científica, cursos de actualización sobre el Perú antiguo para docentes, entre otros. Conviene recordar que el ensayo fue iniciado en los museos. Más aún, conviene tener presente que los museos que más activamente se han involucrado con estas propuestas son mayoritariamente aquellos que despliegan colecciones y discursos arqueológicos. En Lima, que por razones laborales y de residencia conozco mejor, casi la totalidad de estos museos, especialmente del estado o vinculadas a universidades, realizan algún tipo de actividad pedagógica a lo largo del año o muy especialmente durante el verano. Ciertamente esto también se explica por los nuevos paradigmas que hoy le otorgan a los museos un papel social más activo. En general, puede decirse que el fenómeno es mayoritariamente limeño sin ser exclusivo. Es difícil hallar iniciativas semejantes desde museos dedicados al arte Colonial o a la Historia Republicana, incluso si estos son, como los aludidos líneas arriba, parte del sistema estatal. Nótese que no me refiero a simples cursos “técnicos” que básicamente inciden en la adquisición de nuevas habilidades manuales, sino al

conjunto de estas ofertas vertebradas por un discurso del pasado y presente andinos sin los cuales las técnicas pierden sentido. Pienso que nuevamente el peso de lo andino como necesidad y de lo prehispánico como apremiante, parece traslucirse a través de estas iniciativas promovidas por muchos arqueólogos y profesionales cercanos.

Saber si en el futuro estas experiencias darán resultados acordes con las expectativas de quienes las impulsan y efectúan es una curiosidad que sólo queda aplazar, ya que su carácter educativo implica que se trata de apuestas en el mediano y largo plazo. Tampoco es fácil saber si estas propuestas adquirirán mayor relevancia y si alcanzarán una integración orgánica, o si más bien perdurarán en el nivel de la microexperiencia para diluirse paulatinamente ante nuevas formas de apertura profesional. Por el momento, la forma en que se conciben y llevan a cabo, a menudo con mucha dependencia de las iniciativas y esfuerzo individual de los arqueólogos más que como un trabajo realmente gremial, delinea sus propias limitaciones.

En suma, creo que los temas que he reseñado aquí también deberían ser parte de nuestras evaluaciones futuras, puesto que responden a toda una serie de interrelaciones intelectuales y sociales que condicionan el accionar de los arqueólogos tanto como resultan de las iniciativas y roles que activamente éstos asumen. También desde una perspectiva admitidamente externa, como la que he intentado esbozar en esta ocasión, puede percibirse qué estamos haciendo o no haciendo los arqueólogos y en qué radica la actualidad de nuestra continua inmersión en el pasado.

Bibliografía

- 2002 *Los 50 tantos libros que todo peruano culto debe leer*. Estudio y selección de Agenda PERU. Lima: Caretas y Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Astuhumán, César; y Richard E. Daggett
2005 "Julio César Tello Rojas: una biografía". En, Tello, Julio C. *Paracas Primera Parte*. pp. 17-51. Serie Obras Completas, Vol. 2. Lima: Fondo Editorial de la UNMSM.
- Castro, Victoria; Carlos Aldunate y Jorge Hidalgo (eds.)
2000 *Nispa Ninchis. Conversaciones con John Murra*. Lima: IEP/IAR.
- Cock, Guillermo A.
2002 "Rescate Inca". *National Geographic*. Edición en español. 10 (5): 64-77.
- Deler, Jean-Paul; y Evelyne Mesclier (eds.)
2004 *Los Andes y el reto del espacio mundo. Homenaje a Olivier Dollfus*. Lima: IFEA/I EP/Embajada de Francia en el Perú.
- Espinoza Flores, Javier; y Rafael Varón G. Eds.
2002 *El hombre y los Andes. Homenaje a Franklin Pease G.Y.* Lima: PUCP Fondo Editorial / IFEA/BCP/Fundación Telefonica.
- Lorandi, Ana María; Carmen Salazar-Soler y Nathan Wachtel (comps.)
2003 *Los Andes: Cincuenta años después (1953-2003). Homenaje a John Murra*. Lima: PUCP Fondo Editorial.
- Lumbreras, Luis G.
1972 *Los orígenes de la civilización en el Perú*. Lima: Editorial Milla Batres.
- Murra, John
1966 "El Instituto de Investigaciones Andinas y sus estudios en Huánuco, 1963-1966". *Cuadernos de Investigación*. 1: 7-21. Universidad Nacional Hermilio Valdizán, Huánuco.
- Neira, Hugo
1996 *Hacia la tercera mitad. Perú XVI-XX. Ensayos de relectura herética*. Lima: SIDEA.
- Portocarrero, Gonzalo; y Patricia Oliart
1989 *El Perú desde la escuela*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario.
- Rivas P, Santiago
1997 "Importancia de la arqueología para el desarrollo nacional". *Unay Runa*. Revista de Ciencias Sociales, 2: 11-13.
- Rostworowski de Diez Canseco, María
1988 *Historia del Tahuantinsuyo*. Lima: IEP.
- Varón G. Rafael; y Javier Flores Espinoza (eds.)
1997 *Arqueología, antropología e historia en los Andes. Homenaje a María Rostworowski*. Lima: IEP/BCRP.